

## Reina sin pueblo

Mario Hernández<sup>1</sup>

Instituto Provincial de Enseñanza Superior Florentino Ameghino

*Gracias Silvina por el préstamo*

Me despierto con la respiración agitada. Siento una mano en el hombro y una voz que me susurra. Te juro que me susurra y me dice: “Esto es por ustedes”. Y en ese momento, en ese mismo instante, en esa duermevela en la que no se reconoce ni tiempo, ni espacio, en esa fracción de segundo en la que no estás definitivamente en ninguno de los dos lados, la canción comienza a sonar. No era nada sobrenatural, yo me había dormido con Spotify un par de horas antes. Cuando escucho la canción, mi mente trata de ubicarla en el pasado. Tengo que regresar treinta años para darle un espacio en el tiempo. Es Silvina Garré cantando “Reina sin pueblo”. No entiendo la relación con el sueño que he tenido. En ese instante pienso en vos, maliciosamente volvéis a entrometerte en mi cabeza, hago un esfuerzo para sacarte de allí, pero me distraigo con la canción. Sé que pensarte demasiado luego va a doler y mucho. Pero no puedo.

“Nieve de más, mundo de más, para este corto amor, cortos amores en viajes al futuro” dice la Garré y no puedo dejar de relacionarlo. ¿Qué tan corto será nuestro amor hacia el futuro? me pregunto estúpidamente y de nuevo en mi cabeza, pensar en vos se ha hecho una peligrosa recurrencia. “Se muere, si me escuchara hacer estos planteos” pienso y al instante mi parte racional grita: “¡Siete días, hace apenas siete días que la conocés!”. Entonces, la voz de una desolada Silvina Garré canta para despertarme: “Nieve de más, mundo de más, para este corto amor, cortos amores en viajes al futuro”. Es como si lo hubiera sabido, pienso. Es como si Silvina Garré nos hubiese escrito esta canción hace treinta años atrás. Me doy cuenta de que estoy bien despierto, que no estoy soñando. A pesar que sienta todavía el toque en mi hombro y la voz que me advierte “Esto es por ustedes”. Vuelvo sobre la canción una y otra vez, escucho detenidamente cada estrofa, cada inflexión de la rosarina, busco otras versiones, otros años, sigo escuchando algo en esa letra. He dormido apenas un par de horas, pero me siento como si acabara de correr la maratón de San Pablo. El corazón agitado, y una extraña sensación que corretea por debajo de la piel.

“¿Dónde estaré, dónde estarás, cuando llegue el verano? De este lado del mapa, en mi país, o de tu lado del mapa, en mi país”, ¿o en el tuyo? Sé que no debo hacerlo, pero lo hago. . .

---

<sup>1</sup>m.hernandez@ipesfa-ushuaia.edu.ar

¡Garré habla de nosotros! pienso y mi yo racional me advierte de la peligrosa caminata que estoy emprendiendo a través de la cornisa de la realidad. Pero no puedo detenerme, una y otra vez puedo adivinarme en las palabras de la cantante que tuvo su pico de gloria treinta años atrás. “Viento glaciar, labios de mar” dice Silvina y sé profundamente, con una certeza milenaria, que ella está parada en algún lugar de la ciudad, mirando la bahía y al glaciar al mismo tiempo.

Pienso en llamarte para decirte, pero miro la hora, ni siquiera son las seis de la mañana. Todavía no han pasado tres horas desde que me acosté, y aquí estoy. ¿Silvina pudo ver el futuro? ¿Por qué nosotros? ¿Qué es esta coincidencia? ¿Solo es una coincidencia? “Estas forzándolo todo, si lo forzás, cualquier letra te viene bien, son interpretaciones...” Mi racionalidad se esmera y pierde la partida, sé fehacientemente que la metáfora “Reina sin pueblo” es nuestro amor que sucumbirá a lo inexorable: no existe el amor a la distancia, como no existe una reina, que no tenga un reino donde reinar, una reina sin pueblo. ¿Y si es una señal?

Para no perder la razón intento darle sentido a lo que está pasando, pero para eso debo cortar de raíz toda conjetura inverosímil. Comienzo por la más obvia y fantástica y recuerdo la serie que vi hace un par de meses atrás, allí se planteaban viajes en el tiempo y paradojas temporales. Y rápidamente caigo en la cuenta de que hay un par de escenas en la película similares a mi sueño. “¡O sea que aquí está el depósito de imágenes de mi inconsciente!” reconozco entre aliviado y desengañado. Siento como si el universo volviera a ponerse en su lugar, había una explicación racional para mi sueño, para la sensación, para la asociación libre y conveniente que le da solidez y sentido a mi irracional idilio unipersonal de siete días. Pero al mismo tiempo, mi costado crédulo que se maravilla con esa dimensión de la realidad, queda desengañado. “Por esto imaginé todo” pienso y siento algo parecido a la desilusión, por un segundo, realmente creí tener una oportunidad. Pero es el mundo real, no Netflix.

Luego de un ciclo de 33 años, el Sol se encuentra en el mismo día y en el mismo minuto de longitud. De esta manera, existe la creencia que, si una persona está en el sitio de su nacimiento, su revolución solar tendrá la misma orientación del cielo que al nacer. Por lo que el ciclo comenzaría a repetirse. Es el argumento de la serie, para contar la historia de unos niños perdidos, que no están perdidos, sino “viajados” a través del tiempo. Allí se habla del ciclo luni-solar. Investigo un poco y sí, es una creencia que viene del budismo y la astrología. La ciencia definitivamente pasa por otros carriles. La puja en mi cabeza, entre la razón y la creencia, hacen de mi mente un campo de batalla. Y hay una batalla tras otra. Esta parece ser de la racionalidad.

Era inevitable que cediera al impulso y al final lo hago: busco en mi computadora cuándo escribió Silvina Garré su canción y lo encuentro, está en el álbum “Otro cuerpo más” de 1987. Nada tardo en sacar la cuenta: han pasado exactamente treinta y tres años. ¿Qué otra prueba hace falta? me convengo absurdamente. Round para mi costado fantástico. O sea, que hace treinta y tres años, nosotros tuvimos una oportunidad que perdimos... y ahora se está cumpliendo el ciclo, y nos están avisando, y por eso esta extraña “conexión” que tenemos cuando llevamos apenas una semana de conocernos. ¿Una semana o más de treinta años? Trato de razonar y calmarme, freno el impulso de llamarla para decirle lo que estoy viviendo y hago lo que mejor me sale: sublimar mis tensiones psicológicas a través del arte, y decido escribir un cuento. El

que ustedes están leyendo. Ya en estas últimas líneas, mi espíritu se ha calmado. Sé que mi imaginación desbocada a veces me hace tropezar en territorio inhóspitos. Pero en gran parte de las ocasiones nunca pierdo el control. Creo que lo estoy demostrando en este mismo instante, mientras ustedes leen esto. Todo mi desvarío espacio/temporal/artístico/Garré ha sido conjurado, por lo que cuando ustedes lean esto, yo ya voy a estar recuperando el sueño interrumpido por una inoportuna pesadilla. Round para la racionalidad que termina ganando la partida. Estoy a punto de irme a la cama, cuando suena mi teléfono: es ella. Me derrito de amor eterno (acumulado en una eternidad de siete días), ¡son las ocho de la mañana y me escribe un mensaje! Chapoteando de alegría tomo el teléfono y caigo rendido en el sillón de la sala mientras leo el mensaje... pero mi cabeza comienza a dar vueltas, y desencajado me doy cuenta de que hay que empezar de nuevo... que escribir el cuento no ha funcionado. Vuelvo a leer el mensaje, y compruebo que no había leído mal... “¡No vas a creer lo que me pasó! ¿Conocés la canción Reina sin pueblo? Acabo de soñar con ella”.